

“El Sueño del Celta”

Los horrores que conmovieron al mundo

Luis Rivas Rivas

Suspense desde las primeras líneas en la reciente novela de Mario Vargas Llosa. El relato –basado en sucesos históricos a los que el autor se ciñe con exactitud documentada– genera una intensidad dramática que no declina un instante y mantiene en vilo al lector hasta el epílogo. Roger Casement, el valeroso irlandés que denunciara los crímenes cometidos por los caucheros de Leopoldo II en el Congo Belga y los de la Peruvian Amazon Company en la Amazonía peruana, es condenado a muerte por la justicia británica. Cargo: alta traición.

Sorprendente historia. Se trata del mismo personaje que, pocos años antes, había recibido condecoraciones y título de nobleza en mérito a que, como cónsul británico, y tras osadas travesías que dañaron seriamente su salud y pusieron en riesgo reiterado su vida, había denunciado, con documentación irrefutable, el trato horrorosamente perverso que sufrían los nativos del África y de la Amazonía por la codicia de los caucheros.

¿Cómo se había transformado el héroe en villano? El relato, conforme a un diseño frecuente en Vargas Llosa, progresa en dos líneas que se alternan: la introspectiva y la retrospectiva. La primera de ellas (capítulos impares) registra, en tiempo lento, las últimas semanas, jornadas, horas, reflexiones del condenado. Minutos eternos. Las incertidumbres que lo acosan día y noche, en la vigilia y el sueño, lo atormentan mucho más que el desprecio y hasta la repugnancia que parece inspirarles a sus carceleros, quienes están prohibidos de dirigirle la palabra o responder a sus preguntas. Sólo mitigan su angustia las visitas de su prima Gee, las de su amiga Alice y, sobre todo, la asistencia espiritual que le brinda un sacerdote, el Padre Carey, quien ha puesto en sus manos el libro *La imitación de Cristo* de Tomás de Kempis, cuya lectura es lo único que le infunde serenidad.

La línea que llamamos retrospectiva, recoge la peripecia vital de Casement desde su nacimiento el 1 de setiembre de 1864 en un suburbio de Dublín (Irlanda); su infancia poblada de ensueños inspirados en los relatos de su padre, el capitán Casement, sobre sus batallas y aventuras en la India y Afganistán; su viaje al África, a los veinte años; sus visitas, como cónsul británico, primero, al Congo Belga (1903), luego, a la Amazonía (1910), para verificar y denunciar los horrores que los caucheros, y el lumpen que reclutaban como intermediarios, perpetraban contra los nativos; hasta

la travesía reflexiva que lo llevó a militar en el nacionalismo irlandés y a enfrentarse al Imperio Británico, al que había servido con lealtad y admiración.

La visita al Congo Belga cambió por completo la vida de Casement. Desde joven había creído que, mediante la colonización, Europa llevaba al África la civilización, el cristianismo y el comercio. Y que, gracias a ello, aquellas muchedumbres paganas y caníbales que vivían aún en la prehistoria elevarían sus condiciones de vida: su alimentación, su indumentaria, su salud, su nivel cultural. Tenía por cierta la versión oficial de que el rey de Bélgica Leopoldo II era un filántropo hondamente preocupado por realizar obra humanitaria a favor de la población africana y que, por eso, catorce naciones, encabezadas por la Gran Bretaña, Estados Unidos, Francia y Alemania, le habían “donado” (como si fueran de su propiedad) dos millones y medio de Kilómetros cuadrados del Congo y a sus veinte millones de habitantes para que abrieran ese territorio al comercio, abolieran la esclavitud (por esas tierras, los árabes traficaban esclavizando a los nativos) y además cristianizaran y civilizaran a los paganos.

Eso creyó –o se había esforzado en creer– Roger anteriormente. Pero esta vez (1903) retornaba al África, en calidad de Cónsul Británico, para verificar si eran ciertas las denuncias del periodista Morel y de las misiones bautistas. Acusaban a los caucheros de Leopoldo de cometer abusos y crímenes horrendos con los indefensos nativos. Pero nunca imaginó Casement que sería testigo de horrores más espeluznantes que los denunciados. La codicia ilimitada de Leopoldo y sus lugartenientes empeñados en obtener cada vez ganancias mayores con la venta del caucho que extraían de los bosques (tal era la razón de la “filantropía” de Leopoldo II) había convertido en un infierno al Congo Belga.

El sistema de explotación era diabólico. Los jefes e intermediarios ganaban por comisión. A mayor cantidad de caucho, mayor ganancia. Por eso se obligaba a los nativos para que, sin sueldo alguno, extrajeran una cantidad cada vez más imposible de alcanzar y, al mismo tiempo, debían proveer de alimentos (animales, vegetales) a sus verdugos, la guardia (extraída de los peores antros de Europa) al servicio de Leopoldo en el Congo. Si no cumplían con tan inhumanas exigencias, los nativos eran azotados hasta sangrar y perder el conocimiento. Otros castigos eran mutilarles las manos o los genitales. Si los hombres huían, se torturaba a sus mujeres y a sus niños para obligarlos a regresar. Algunos nativos llegaban a vender a sus hijos para comprar caucho y cumplir con las cuotas exigidas.

La experiencia horrorizó al cónsul, pus le mostró hasta qué extremos demenciales puede llegar la maldad humana movida por la codicia. Su informe fue demoledor y acabó con el mito del “filántropo” rey belga. Pero en 1910 se le encargó un cometido similar al del Congo. Debía visitar la zona cauchera de la Amazonía y verificar si eran

ciertas las denuncias sobre atrocidades que las compañías caucheras, sobre todo la de Julio C. Arana, cometían contra los nativos. Muchas semejanzas con el infierno del Congo guardaba el del Putumayo. Las autoridades de Iquitos fingían ignorar los azotes, violaciones y crímenes sin nombre que allí se cometían (hasta el extremo de marcar con fuego o cuchillo a los nativos, como se hacía con los animales, con las iniciales C. A. –Casa Arana– para precisar quién era el propietario de esos seres humanos). Casement descubrió que el silencio ominoso de autoridades y personas notables del lugar se debía a que la mayoría de los prósperos negocios locales dependían del auge del caucho, es decir, del imperio de Arana y sus secuaces.

Su informe, prolijamente documentado y revelador de las iniquidades de la Peruvian Amazon Company, liquidó a Julio Arana y su imperio del crimen. Pero todas las horas de reflexión que tuvo el cónsul tras aquellas experiencias que mostraban los abismos de maldad a los que puede llegar el hombre por la codicia a través del colonialismo, le fueron mostrando, con nitidez cada vez mayor, que su patria, Irlanda, era también un dominio del Imperio Británico.

A partir de enero de 1913, Casement, poseído por una intensa pasión nacionalista, tuvo una nueva y obsesiva meta en su vida: la independencia de Irlanda. Anhelaba revivir las tradiciones antiguas y hasta intentó aprender su lengua ya extinta, que sólo eruditos conocían: el gaélico. Había en Irlanda movimientos nacionalistas de diferente matiz: desde los que reclamaban autonomía hasta los que exigían la independencia plena.

En ese marco estalló la guerra mundial. El ex cónsul británico dio entonces un paso que marcaría su destino hasta llegar a la sucia prisión de sus últimos días. Se le acusaba de haber conspirado, en plena guerra, con los alemanes, enemigos de Inglaterra, para sincronizar un ataque germano contra el Imperio a fin de que, distraídas las fuerzas británicas con tal operación, los rebeldes de Irlanda pudieran poner en marcha una insurrección armada para lograr la independencia de su país.

Procesado, Roger Casement fue condenado a morir en la horca. Personajes notables, como Bernard Shaw, presentaron una solicitud de clemencia. En tal coyuntura las autoridades británicas anunciaron el – real o supuesto– hallazgo de diarios íntimos del reo, en los cuales éste confesaba experiencias homosexuales. Sectores de la prensa los difundieron, quizá seguros de hacer las delicias de lectores adictos a esa bazofia.

Es posible que sólo fueran infundios, pues, dada la estrecha vigilancia que el contraespionaje ejerció sobre sus actos desde que abrazó la causa separatista, no era verosímil que hubieran tardado tanto en descubrir actos que los supuestos diarios describían como realizados en lugares públicos. Vargas Llosa opina que, aún en la

hipótesis de que los diarios de marras hubieran sido auténticos, hay en ellos tanto de ficción o exageración, que sólo podían expresar fantasías y no hechos reales.

En su última carta a su prima Gee, Roger Casement escribió “Mañana, día de St. Stephen, tendré la muerte que he buscado. Espero que Dios perdone mis errores y acepte mis ruegos”. Y en su carta a sus amigos decía: “Deseo lo mejor a quienes me van a arrebatarse la vida y a los que han tratado de salvarla. Todos son ahora mis hermanos”. Murió confortado y confesado por el Padre Carey. Selló así su retorno al catolicismo, pues, aunque bautizado secretamente en la Iglesia por su madre, por disposición paterna había practicado el anglicanismo.

Tal es la trama de la novela, la materia que recoge en sus líneas generales la verdad histórica. Pero lo admirable en esta obra reside en la maestría del tratamiento, de la forma, cuyo análisis, que ofrece muchas perspectivas de enfoque, podría dar tema a muchos volúmenes. Señalemos sólo la sabia estructura que entreteje las dos líneas del relato de modo que se enriquecen mutuamente en fuerza expresiva y capacidad suasoria. Lo que Vargas Llosa en sus libros de crítica literaria llama “el elemento añadido” es el que dota a la novela de esa hondura y riqueza en connotaciones que pone de relieve el sello personal, la impronta genial del flamante Premio Nobel.

Tal elemento añadido se da no sólo en la estructura. Tiene rol descollante en los diálogos, en el diseño de los caracteres, en la presentación de ambientes y situaciones. Para todo ello el novelista disponía de datos generales, impersonales y, algunas veces, abstractos. Dotar a esos elementos de vida, de dinámica interna; bucear con intuición certera en las cámaras interiores de la más variada fauna humana, desde los personajes más nobles hasta los más perversos, es tarea sólo accesible al genio. Y tal es el Premio Nobel 2010.